

BAJEN A LA ARENA

La espectacular huída de Albert Boadella, director de «Els Joglars», ha dado una nueva dimensión al caso. Este artículo, escrito unos días antes de los últimos hechos, pese a todo conserva plenamente su vigencia. Lean y lo verán...

Cuando éstas líneas vean la luz-coincidiendo con el primer número de «La Veu», estará próxima la celebración del juicio que la autoridad militar sigue contra la persona del director teatral Albert Boadella, en la actualidad convaleciente en el Hospital Clínico de Barcelona por enfermedad física-hepatitis-, y recluso en la prisión Modelo de la misma ciudad por enfermedad social.

La detención, encarcelamiento y proceso del artista, director-como se sabe de la compañía «Els Joglars», invita a una reflexión que considero debiera ser colectiva y en voz alta. Por otra parte, la intensidad emocional con que ha sufrido el encarcelamiento de Boadella todos aquellos que, de algún modo, defienden el derecho a la libertad de expresión, ha sido demasiado fuerte como para exigir al escritor que aplique la dosis de serenidad y temple con que necesariamente debe acometer sus artículos. Convendría pues, disculpar de antemano el prisma a veces agresivamente subjetivo desde el que han sido redactadas estas líneas.

No es la primera vez que la cultura de éste país se sienta en el banquillo de los acusados. Ya con anterioridad, desde los primeros años del nuevo siglo-repletos de convulsiones sociales y agitaciones callejeras-hasta los años de nuestra conflagración civil-que no fueron tres sino cuarenta-, ilustres representantes de nuestra cultura vieron humillada su obra y maltratada su persona por los tribunales civiles, militares y eclesiásticos. Por muy diversas razones, pero bajo el denominador común de su oposición al sistema, gentes como Joan Brossa, Miguel Hernández, Buero Vallejo y Alfonso Sastre-solo por citar algunos poetas que sufrieron condena-padecieron todo tipo de vejaciones y conocieron, en calidad de inquilinos, cárceles y presidios; otros con peor fortuna, ni siquiera tuvieron derecho a visitar los irónicamente llamados Palacios de Justicia, tal fué el caso del pedagogo libertario Ferrer i Guardia y el poeta García Lorca, entre otros nombres no tan célebres. Teníamos la ceteza, sin embargo, que esta persecución y captura de intelectuales se daba, por lógica, en condiciones políticamente poco estables y socialmente desequilibradas o en etapas en que el poder ejercía y utilizaba los resortes más duros de su autoridad de forma tiránica y dictatorial.

Pero el «caso Boadella» se ha encargado de recordarnos el pasado y señalar nuestro error. La persecución de la cultura, el aniquilamiento-con los más refinados métodos jurídicos- de cualquier foco de agitación intelectual que pudiera subvertir seriamente los pilares fundamentales de los sistemas jerárquicos o autoritarios «de participación», se dá en todas las democracias occidentales y España no es ninguna excepción. Pero este país, por el hecho de haber vivido un largo e indeseado período de autarquía, se enfrenta, además de con el hecho en sí-la peculiaridad represiva común-con un agravante muy peligroso: el descrédito del sistema democrático. Casos como los de Albert Boadella y «Els Joglars», como la reciente detención de cuatro redactores de la revista «Saida» así como el encarcelamiento en Palma de Mallorca de un periodista por «leve falta de irrespetuosidad al Ejército» no hacen otra cosa que crear un recelo ante el nuevo período democrático que se avecina. La democracia, nos decían, resolverá los «problemas» de las llamadas libertades fundamentales, entre las que se encuentra la de expresión. La Generalitat- en nuestro caso más próximo- garantizará el desarrollo de la cultura catalana. Albert Boadella, ciudadano y artista catalán, haciendo uso de su libertad de expresión, contempla desde una celda- ahora desde una habitación de un hospital-el mal llamado año de la esperanza.

1978 está asistiendo a la implantación «provisional» de la democracia —a la espera de que los señores diputados, excesivamente ocupados en aumentarse el sueldo y en demostrar al país que además de rostro tienen un pico de oro, decidan dar cuenta de la Constitución— y al restablecimiento, también provisional hasta que no se conceda el Estatut, de la Generalitat. Por de pronto, con el encarcelamiento de Boadella, 1978 está asistiendo también a la demostración de que ni con la democracia se han resuelto los «problemas» derivados de la libertad de expresión, ni con el restablecimiento de la Generalitat se ha protegido el desarrollo de la cultura catalana. Por todo ello, observado con una cierta lógica, podía incluso ser previsible. Lo que lamentablemente, no podía preverse era la

reacción ante el caso Boadella de aquellos sectores y personalidades que, por su situación, podrían presionar —de manera contundente— para que el problema encontrase una solución favorable. Porque, ¿Qué actitud ha adoptado ante el proceso Boadella aquella clase política-hoy más próxima al poder por la vía de negociación y el pacto-que en otros tiempos solicitaba la adhesión de los intelectuales para cualquier acción reivindicativa?

¿Cuál es la postura de la gran mayoría de esos famosos intelectuales de izquierda, catalanistas, de ésa «gauche divine» de pegatina en la solapa y «Dom Perignon» en el refrigerador, de ésa progresia de frondosa barba y altos vuelos que recitaban las tesis de Marx como si fueran veros de Rimbaud y a la que se podía encontrar-acumulando etiquetas de progre con las que vivir semana tras semana-criticando la última exposición de Tàpies y sorbiendo un Gin Fizz en Boccacio?

¿Qué están haciendo los hombres de letras y arte que Catalunya sentó en el Senado?

¿Cómo es posible que intelectuales antifranquistas de toda la vida-hoy consejeros de Tarradellas- acepten premios literarios sin aprovechar la difusión propagandística del concurso para aludir al tema Boadella?

¿Es concebible que un personaje como Boadella-de quien se pide su libertad desde 96 universidades del mundo-pase inadvertido a los organizadores, ganadores y asistentes del Festival de les Lletres Catalanes?

¿Con qué vergüenza puede proponerse la Generalitat la protección de la cultura catalana, cuando se niega a interceder por la puesta en libertad de quienes durante los tiempos difíciles lucharon por defenderla?

No, no es ésta la forma, señores políticos, señores intelectuales, distinguida Generalitat, de consolidar la libertad en este país.

Olviden por unos días el toreo de salón: ¡Bajen a la arena y encontrarán el país que dicen defender!

Jordi Vilajosana